



Un vienés leyendo a Heráclito: sobre la actualidad francesa de Theodor Gomperz

Theodor Gomperz

Les Penseurs de la Grece: Héraclite

Le philosophe. Éditions Manucius. 2009. 60 págs.

Por **Nemrod Carrasco**

Aunque hace poco más de un decenio Herder publicó la obra indispensable de Theodor Gomperz, los tres tomos de *Griechische Denker*, la reedición en Francia del capítulo que el filólogo vienés dedicó a Heráclito constituye, sin lugar a dudas, un logro editorial remarcable por facilitar el acceso a uno de los intérpretes clave de la historia de la filosofía griega. Este trabajo tuvo una repercusión notable entre los helenistas de principios del siglo pasado por la originalidad de su interpretación del pensamiento heraclíteo. En él se perfilaban algunos de los rasgos esenciales que caracterizan la obra de Gomperz, cuyo indudable esfuerzo de erudición y logicidad histórica había encontrado en Heráclito, o mejor dicho en la propia interpretación de ese pensamiento, un camino de orientación filosófica a su propio momento histórico. Heredero de la concepción dialéctica y relativista de Hegel, Gomperz creía ver en el pensador de Éfeso un posible puente entre la vida de la naturaleza y la vida del espíritu. Y para Gomperz, que comprendía el pensamiento heraclíteo como una física no desvinculada de la política, revestía un particular interés mostrar este vínculo, como si Heráclito hubiera preparado disimuladamente su futura recepción en el siglo XIX.

Gomperz comienza situando a Heráclito dentro del contexto categorial del pensamiento milesio: lo que le importa a Heráclito es el carácter especulativo del naturalismo jónico y su oposición radical tanto a los poetas mitológicos como al vulgo que les sigue. Sin embargo, la originalidad de su pensamiento no consiste en su teoría de la materia primordial —el fuego como la forma material que mejor parece corresponder al proceso de la vida universal que jamás parece descansar— ni en la de los ciclos de transformación y recuperación del fuego (inspirada en observaciones geológicas de Jenófanes y Anaximandro). El cosmismo de cuño jónico atribuido a Heráclito no implica que su concepción sea una física del fuego ni que éste quede reducido a una mera sustancia con sus continuas metamorfosis transitorias: para Gomperz, el fuego representa una inteligencia universal, Zeus, que se manifiesta en todo lo viviente como un ciclo incesante de construcción y destrucción. Sobre este fondo, se divisa el verdadero logro de Heráclito: lo que teníamos con los milesios era una simple ontología global que buscaba la causa de todo movimiento en la propia materia; con el pensador de Éfeso, todo se encuentra indisolublemente enraizado en el flujo universal de una materia eternamente viva, comparable al fluir de un río cuyas aguas cambian sin cesar.

Ligado a la fluencia permanente del cosmos se encuentra, según Gomperz, el flujo de la percepción, ya que en la ontología heraclíteica el fuego no es simplemente la forma en que las cosas aparecen: designa la forma en que las cosas aparecen realmente como opuesta a la mera apariencia subjetiva/ilusoria. Aun cuando sus transformaciones escapen a nuestra percepción, el desafío no es que no sepamos cómo las cosas “son realmente en sí mismas” sino cómo “aparecen realmente” para mí. Por decirlo de un modo simplificado, no es que los fenómenos eludan nuestra captación: lo que único que se puede percibir en el flujo sensible es la coexistencia de

los opuestos, en la cual Gomperz ve presentarse la relatividad de las propiedades. Aunque ambas suposiciones conducen a la negación de toda estabilidad en el ser y a descripciones opuestas coexistentes, desde la perspectiva de Gomperz sirven para poner de relieve una verdad filosófica: el principio de la relatividad en las sensaciones inherentes a los individuos, lo que explica y justifica cambios de los que no puede dar cuenta una concepción estática de la realidad.

Esta coexistencia de los opuestos es remitida por Gomperz al esquema heraclíteo de la unidad de los contrarios como palingenesia del término que es destruido por su opuesto, de un modo cíclico. Cada opuesto es incompatible respecto de su contrario, pero no pudiendo existir sin él brota de sus cenizas, se alimenta de su contrario y puede decirse que existe gracias a su opuesto. Tal es la armonía oculta tras la unidad de los contrarios. Lejos de concebirse de un modo irracional y arbitrario, ese incesante proceso de destrucción y de creación de las cosas opuestas sugiere más bien *lógos*, una *ratio* emparentada con las medidas según las cuales proceden todos los cambios. Aunque no es fácil reconocer esta ley o armonía universales, basta con observar las leyes humanas para ver la sucesión incesante de los opuestos. En efecto, lo que moldea la idea misma de la lucha no es tanto la experiencia del choque entre las olas y los barcos desmantelados, o el combate entre el fuego y las cosas que incendia, sino los choques de los efesios entre sí. Heráclito ve en la guerra el fundamento de toda valoración, como si no pudiera producirse ninguna jerarquía de valores sin el choque de fuerzas opuestas en el cosmos y en la sociedad humana.

Ahora bien, aun cuando en el *ordo essendi* la ley divina aparece en el cosmos como la razón de ser de la naturaleza dialéctica de la vida humana, en el *ordo cognoscendi* la vida humana –y en particular el modo en que los hombres se organizan políticamente– constituye el verdadero paradigma de su concepción dialéctica. Gomperz jamás lo formula con esta rotundidad, pero tampoco reduce la concepción política de Heráclito a un simple apéndice o aplicación de la ley natural a la ciudad. Lo que defiende como genuinamente heraclíteo es la suposición de una ley divina, inteligente y eterna, cuya armonía no es algo que, obviamente, deba ser decidido por consenso sino que ya está ahí afuera, pese a las apariencias contrastantes. Gomperz juzga semejante idea inspirada por los descubrimientos pitagóricos de la ley del número en la astronomía y en la acústica, y no duda en considerar a Heráclito como un continuador del pitagorismo por haber asimilado el concepto matemático de analogía, creando así un nuevo estilo de saber y una forma nueva de expresar la sabiduría. Entre el poeta genial y el científico riguroso, el pensamiento de Heráclito es el resultado de una tensión positiva entre sus esfuerzos por captar una unidad inteligible subyacente y su tendencia a recurrir a metáforas elaboradas para ofrecer intuiciones plausibles de aquello que la ciencia es incapaz de explicar: impelido hacia la intuición de una ley inmutable, opone al flujo universal de las cosas una materia animada e inteligente (el fuego) como metáfora de la razón.

En cuanto a la influencia de los valores helénicos de la “obra” de Heráclito, Gomperz reconoce que la idea de una ley eterna inmutable podría ser fuente de una corriente religiosa conservadora. Por el contrario, cuando nos atenemos a la relatividad de las sensaciones individuales y al carácter cambiante de las leyes humanas nos encontramos ante los orígenes de una corriente escéptica y revolucionaria. Ésta es, pues, la elección que Heráclito presenta ante nosotros: o bien optamos por la resignación propia del fatalismo estoico-hegeliano (no llevemos la negación hasta sus últimas consecuencias, captemos el carácter armónico y racional que nos ofrece la estructura eterna subyacente a lo real), o bien nos atrevemos a permanecer en el conflicto perpetuo, es decir, nos atrevemos a asumir plenamente las consecuencias de una negatividad extrema (como parece sostener, según Gomperz, la izquierda neohegeliana o Proudhon). La primera actitud genera teodiceas que permiten rehabilitar un momento histórico determinado; la segunda postura sostiene,

por el contrario, la relatividad de cualquier juicio, lo que procura una distancia adecuada hacia las instituciones realmente existentes, aunque corra el riesgo de sumir al individuo en un agujero negro destructor de todas nuestras nociones humanas y morales. La caracterización del heraclitismo efectuada por Gomperz es, por lo tanto, bifronte: la búsqueda de una armonía oculta tras el conflicto resulta proclive al optimismo religioso y permite reconciliarnos con las imperfecciones de nuestro desarrollo histórico; pero la presencia permanente de esa lucha puede ser revolucionaria en tanto impide considerar el carácter definitivo de cualquier apreciación histórica.

Por supuesto, el lector debe mantener una cierta cautela respecto de las principales tesis heraclíteas del autor. Más allá de críticas superficiales, hay cuatro razones que permiten entender por qué la lectura de Gomperz se ha visto perjudicada académicamente con el paso del tiempo:

- 1- *La relación histórica de Heráclito con otras escuelas que le han precedido*: la cuestión más general que Heráclito ha suscitado en la perspectiva de su localización histórica es si se trata de un pensador de la escuela jonia (continuador de Tales, Anaxímenes y Anaximandro) o si, por el contrario, desborda el marco de la investigación milesia. Es posible que la tradición jonia alimente el pensamiento de Heráclito, pero ésta, por profunda que sea, no justifica el considerar, sin más, a Heráclito como un jonio. Aunque la doxografía antigua (desde Platón y Aristóteles hasta Diógenes Laercio) oponía la Escuela jónica a la Escuela itálica, la historiografía actual tiende a visualizar esa contraposición a la luz del pensamiento pitagórico. Por otra parte, la influencia pitagórica está ampliamente reconocida en Heráclito, hasta el punto de que esta referencia no tendría por qué debilitar ni excluir la tradición jonia: la posición de Gomperz acaso exagera la independencia de Heráclito respecto de los jonios al afirmar que el verdadero descubrimiento de Heráclito es la unidad entre las cosas del mundo que nos parecen opuestas. Sin embargo, puede decirse que esta perspectiva ha sido superada. O bien se ve en Heráclito un pensador que, sin perjuicio de sus conexiones milesias, debe ser referido a coordenadas distintas a las de la escuela milesia, acaso atribuyéndole una inserción mística u órfica, o simplemente religiosa, o bien se viene hacer de él un pensador itálico influido principalmente por la Escuela pitagórica o Jenófanes.
- 2- *La nueva sabiduría de Heráclito*: Gomperz cree que el núcleo de la sabiduría heraclíteica se encuentra en la armonía de tensiones opuestas, pero lo cierto es que el empleo de esta fórmula resulta muy poco expresiva, no porque no se le aplique a Heráclito, sino porque no es diferencial de su pensamiento. Sin ir más lejos, la idea de Cosmos de Anaximandro se puede describir perfectamente como la “unidad de los contrarios” y fórmulas como “lo uno en lo múltiple” son fácilmente aplicables a Tales de Mileto, a Pitágoras y –según Platón– al propio Empédocles. Por no mencionar el hecho de que la expresión “unidad de los opuestos” procede más de Hegel que del propio Heráclito. Creemos que el problema de la inexpresividad de la fórmula heraclíteica es su falta de conexión inmediata con la tesis de la “fluencia absoluta” que es característica –según hace constar Platón en el *Crátilo*– de la sabiduría de Heráclito. Lo que oculta Gomperz es precisamente la conexión entre estos dos momentos esenciales del pensamiento hereclíteo: la concepción de la unidad de los contrarios y la concepción del devenir absoluto. Su análisis presupone una conexión cuyo alcance sólo se puede mostrar en contraste con las concepciones de los pensadores a los que Heráclito se enfrenta.
- 3- *Una inteligencia trascendente y divina*: Cabe pensar con Gomperz que la interpretación que ofrece Heráclito de la unidad de los opuestos conduce al

reconocimiento de una inteligencia divina trascendente. Pero esta interpretación está contradicha por otros fragmentos que parecen inequívocos: “Este mundo, el mismo para todos, no lo han hecho ni los dioses ni los hombres; siempre ha estado y siempre será un fuego eternamente vivo que se enciende según medidas y se apaga según medidas” (Fragmento 30). Asimismo, la interpretación tradicional de esta tesis de Heráclito no deja entrever ningún sentido de unidad trascendente: la unidad de este cosmos no es la unidad de la sustancia, pero tampoco da pie a la unidad de un dios inteligente y vivo, sino una unidad que debe formularse de otro modo. El monismo teológico de Heráclito, precisamente en tanto pone a Zeus como principio rector del cosmos y se enfrenta al esquema politeísta de los dioses soberanos –esquema cuyo correlato político (la atomización en ciudades independientes y en individuos autónomos) apenas es examinado por Gomperz– supone una interpretación sumamente cuestionable. Lo más probable es que con el moldeamiento de esa unidad divina se hubiese originado un camino religioso y acosmista suficiente para haber suscitado la irritación de Heráclito.

- 4- *El heraclitismo como influencia histórico-filosófica*: Gomperz sugiere que la mayoría de los aforismos de Heráclito pueden ser entendidos, bien en el contexto de un absoluto escepticismo moral, bien en un contexto enteramente opuesto. La apelación heraclíteica al *lógos* como cifra del proceso universal entero ha servido ciertamente de inspiración a corrientes religiosas, en particular la tradición cristiana, que lo han reinterpretado como un principio de legalidad rigurosa, cuyo determinismo dialéctico excluiría de lo real cualquier rastro de arbitrariedad e irracionalismo. Gomperz lleva razón cuando reconoce que el pensamiento de Heráclito también ha hecho posible la radicalización de otras direcciones que sólo podían llegarse a afirmar con la audacia del relativismo. Lo que encontramos en él es una meditación sobre la diversidad de los códigos de valores de los diferentes pueblos –de la crítica etnológica que aparece ya funcionando, por ejemplo, en Jenófanes. Heráclito habría profundizado en esta dirección en el sentido de un absoluto distanciamiento de sus propios valores, de un relativismo axiológico total que acaso prefigura ya el de las corrientes escéptico-revolucionarias que caracteriza Gomperz. El problema es que ni resulta evidente atribuir a Heráclito tal relativismo radical (algo que Gomperz parece dar por supuesto) ni que éste desemboque necesariamente en un escepticismo. Al contrario, el Heráclito de Gomperz siempre parece remontarlo mediante su concepción dialéctica del conflicto universal. Envuelta en una atmósfera imperialista, la consideración heraclíteica de la guerra jamás se presenta como un mal terrible que deba ser evitado, sino como una realidad que hay que reconocer porque es, sencillamente, la realidad. En ella se discriminan los contrarios: los cobardes y los valientes, los esclavos y los señores. Es la transposición política de la polaridad existente en las fuerzas naturales. Aunque no quepa hablar de justicia e injusticia, Gomperz jamás concluye en Heráclito que todo sea malo y estúpido, que todo sea injusto, sino que todo es bueno, y que lo mejor es aquello que logra imponerse en el combate. Por eso, lo bueno y lo justo es lo que obtiene la victoria, la ley del más fuerte –en el sentido de Hegel, Darwin o Nietzsche.

A pesar de haber sido rechazadas por la investigación crítica posterior una parte sustancial de sus tesis, el ensayo de Gomperz sobre Heráclito, por su amplio dominio de las fuentes, y con su independencia de las tradiciones interpretativas, ha contribuido a una importante renovación de muchos puntos de vista tradicionales. Gomperz se opone, en particular, a una tradición historiográfica que consideraba a

Heráclito sólo como un cosmólogo; lo que reivindica, en cambio, para el de Éfeso es justamente el carácter de filósofo esencialmente preocupado por unir el problema físico de la cosmología con el problema político de las sociedades humanas. En este desplazamiento del punto de vista estriba el interés de su interpretación de Heráclito. El lector encontrará, además, dos supuestos antiguos que la filosofía contemporánea parece haber rechazado: por un lado, la asunción de que nuestros conceptos reflejan la estructura subyacente de la realidad (algo que ya no es posible después de Kant por cuanto nuestros imperativos epistemológicos no se corresponden con los principios constitutivos de la realidad); por otro lado, el principio heraclíteo de que el pensamiento puede ofrecer una base para vivir de acuerdo con una ley o razón universales. En este sentido, no es extraño que el Heráclito de Gomperz pueda seguir teniéndose en cuenta por quienes apuestan tanto por la inteligibilidad del mundo como por la defensa racional de algo común.